

III. RESEÑAS

Mario Orellana

LA CRÓNICA DE GERÓNIMO DE BIBAR Y LA CONQUISTA DE CHILE.

Santiago, Ed. Universitaria, 1988

(Colección Imagen de Chile) 186 pp.

Desde la partida, importa destacar el valor de este libro de Mario Orellana que se ocupa del conjunto de aspectos y problemas que presenta la *Corónica y rrelación copiosa y verdadera de los reynos de Chile*, de Gerónimo de Bibar "natural de la ciudad de Burgos", terminada de escribir "el 14 de diciembre de 1558", la que, en rigor, viene a ser la primera crónica del reino de Chile y de la cual se dispone de dos ediciones: la de 1966, del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, al cuidado de Irving A. Leonard y la de 1979, producto del riguroso trabajo de Leopoldo Sáez-Godoy, hecha en Berlín, Colloquium Verlag, Bibliotheca Ibero-Americana, la que corrige muchos de los errores contenidos en la edición de 1966.

En la "Introducción" de su trabajo, Mario Orellana plantea los problemas que ha suscitado el texto de Bibar, cuya existencia se conocía desde 1629 por la noticia que de ella diera Antonio de León Pinelo en su *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica y Geográfica*. Esos problemas conciernen a la identidad del autor, a la autenticidad del manuscrito, abordados ya en los trabajos de Medina, Barros Arana, Thayer Ojeda, sobre los cuales Mario Orellana vuelve intentando correcciones y más rigurosas aproximaciones que buscan resolver algunas de las incógnitas que aún pesan sobre el autor y su texto. Pero, además de esos asuntos tradicionalmente considerados por los historiadores y estudiosos de nuestras letras coloniales, Mario Orellana se propone tratar otras materias relativas a la crónica misma en cuanto narración histórica, en la que se elaboran los hechos correspondientes a la conquista de Chile, desde la perspectiva de quien fue uno de sus testigos y desde concepciones del acaecer histórico que son determinantes para el sentido que le confiere la crónica y para la fijación de los propósitos que animan a su autor a escribirla y de las finalidades que se proponen alcanzar con ella.

Para precisar esos aspectos de la *Corónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* procede al estudio comparativo con otras narraciones referidas a Chile, escritas en el siglo XVI: la *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, de Alonso de Góngora y Marmolejo y la *Crónica del Reino de Chile*, de Pedro Mariño de Lobera "específicamente en lo que se refiere a los motivos que tuvieron para escribir sus obras históricas" (p. 23); con las Cartas de Pedro de Valdivia, en un análisis orientado a determinar que no sólo fueron conocidas por Bibar, sino que le sirvieron como esquema básico para "estructurar su texto histórico"; con *La Araucana*, en lo que este poema épico tiene de histórico, y con la *Historia general del Reino de Chile. Flandes Indiano* del Padre Rosales para advertir la estrecha relación, ya antes intuida por otros estudiosos, que existe entre esas obras y la de Bibar.

Al estudio comparativo de textos, agrega Mario Orellana el de los datos antropológicos y arqueológicos registrados en la crónica con los resultados obtenidos por las investigaciones en el campo de esas disciplinas. El acopio de antecedentes reunidos a partir de estos plurales asedios a la obra de Bibar remata en la determinación de la ruta seguida por Valdivia y la expedición conquistadora de Tacana a Copayapo y en reflexiones sobre el contacto aborígen-español en el siglo XVI y sobre las consecuencias derivadas de él, las que se entregan a modo de conclusiones.

El desarrollo de cada uno de los problemas propuestos ocupa los siete capítulos que constituyen el libro. El primero de ellos "¿Quién fue Gerónimo de Bibar?" revisa el asunto relativo a la controvertida identidad del autor de la crónica, que ha resultado tan imprecisa y vaga por la escasez de antecedentes documentales fidedignos de que se dispone y por la parquedad con que Bibar, a diferencia de otros cronistas e historiadores de Indias, registra datos acerca de sí mismo en su discurso.

A partir de esa presencia casi fantasmática con que aparece Bibar en los documentos y como figura en su propia crónica, ha surgido el problema de su identidad, negada por unos, por asimilación con la persona de Juan de Cardeña, secretario de Valdivia —como hace Barros Arana siguiendo la opinión de Andrés González Barcia—; o de personaje variadamente caracterizado en cuanto rasgos y trayectoria vital, como se observa si se comparan las afirmaciones de José Toribio Medina y Tomás Thayer Ojeda, por ejemplo. El primero dice que Bibar "nació en 1524 y pasó a Chile según parece cuando Valdivia regresó del Perú, andando algún tiempo en su compañía, especialmente cuando fue a poblar a Valdivia. Es de creer que vivió siempre en Concepción, encontrándosele de paso en Santiago en 1558" (José Toribio Medina, *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906, p. 975). Thayer Ojeda, por su parte, señala: "Nació en 1525, parece que vino a Chile en 1548, tal vez en la fragata de Juan Dávalos, porque hay indicios para presumir que fue marino; (estuvo) en Concepción cuando el despueble 1554, y en Santiago de julio a octubre de 1558" (Tomás Thayer Ojeda, *Formación de la sociedad chilena y censo de población de Chile en los años de 1540 a 1565*, Santiago, 1939, tomo III, pp. 397-398).

Mario Orellana da relieve a datos consignados en documentos del proceso a Francisco de Villagra, contenidos en el tomo XXII de *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, publicados por Medina en 1900. Declaraciones de Bibar que constan en esos documentos referidas especialmente a fechas, permiten establecer algunos hitos que precisen la biografía de Bibar y su trayectoria en Chile. De esos datos importan la declaración de Bibar de que tiene 33 años cuando atestigua en el proceso de Villagra que ocurre en 1558 agregando que hace once que conoce a Villagra, a Valdivia y que no conoció a Pero Sancho de Hoz, ejecutado en 1547. Ello, dice Orellana, lleva a conjeturar, "como lo han hecho otros investigadores, que nació aproximadamente en 1525, o en 1524 como lo escribe Medina" (p. 29) y que "no cabe duda entonces que a Valdivia lo conoció en 1548, cuando éste fue al Perú a apoyar la gestión de la monarquía en contra de Gonzalo Pizarro, que se había rebelado en armas" (p. 31), a pesar de que como enunciante de la crónica hace afirmaciones tendientes a mostrarse como participante y testigo de los sucesos ocurridos en Chile "en los diecinueve años que van desde 1539 hasta 1558" (p. 32).

Confirma así Orellana lo ya supuesto por Medina, Thayer Ojeda y Villalobos acerca de que Bibar "no llegó a Chile antes de 1549" respaldando esa afirmación también en el hecho de que se conocen los nombres de quienes participaron en la

primera expedición de Valdivia y de los que llegaron luego en 1543 y 1547 y entre ellos no figura el del cronista. Por referencias que hace en su obra, además, es posible llegar a concluir que vino por tierra, y no por mar como supone Thayer Ojeda, “en algún grupo de españoles que Valdivia envió a las órdenes de los capitanes Ulloa, Soza, Jofré, etc...” (p. 32) y que la experiencia de ese viaje, “lo visto y vivido” por él entonces lo elabora como contenido de la expedición de 1540 “con el fin de enriquecer su descripción... pero debe quedar en claro que Bibar no fue testigo de la primera expedición de Valdivia” (p. 35), siéndolo sólo del acontecer que se desarrolla a partir de 1548-1549 en el que, además, tiene participación en varios de los sucesos que narra en su crónica.

Desde el cotejo y puesta en relación de fechas y hechos registrados en documentos y en la propia escritura de Bibar, Orellana traza la trayectoria del personaje en Chile hasta 1558 en que declara terminar su obra sin que se sepa de su destino posterior por carencia de antecedentes documentales. El autor resume los datos así logrados en la siguiente semblanza del cronista: “Sólo por 33 años lo hemos podido observar, entre brumas, distinguiendo apenas su figura. Como lo hemos ya escrito nos parece que fue un niño pobre, tal vez un expósito que tomó su nombre del lugar donde vivió; estudió en un convento de jerónimos, aprendiendo allí algo de latín y a algunos autores clásicos. Siendo muy joven pasó a América, estuvo en Santa Marta y luego pasó al Perú, en 1548 emprendió su viaje a Chile. Entre este año y 1558 vivió diferentes experiencias acompañando al gobernador Valdivia y luego al general Villagra. Fue un soldado de a pie, con algunos conocimientos náuticos y dueño de un buen espíritu de observación. Su obra es un gran legado cultural, un libro escrito con dificultades en un lenguaje generalmente sobrio, casi tosco, con pocas metáforas y con expresiones propias del siglo xvi. A veces de entre sus páginas emerge su persona luchando, disparando su arcabuz, observando una ceremonia, describiendo diferentes realidades culturales de los aborígenes y de la geografía del norte y sur de Chile” (p. 45). Agrega luego que las aspiraciones de gloria, fama y riqueza que, como todo conquistador, busca realizar en América, en su caso, se alcanzan en la fama que le otorga su obra, por ella “su nombre y su persona nunca más serán negados ni menos confundidos con otros contemporáneos a él” (p. 46).

La mayoría de las conclusiones a que llega Mario Orellana desde los datos proporcionados por documentos y por la crónica son razonables y permiten trazar una fisonomía de Gerónimo de Bibar y de su trayectoria en Chile que confirman intuiciones y afirmaciones ya formuladas antes por otros investigadores, contribuyendo además con otros antecedentes para configurar una imagen más acabada del personaje; otras deducciones, en cambio, no parecen tan razonables y resultan poco fundadas y sostenidas en una argumentación débil por lo generalizante y por lo contradictoria respecto a otras aseveraciones contenidas en el libro. Por ejemplo, no me parece convincente suponer, a partir del origen burgalés de Bibar, que recibió “educación conventual”, posiblemente en el antiguo monasterio de Jerónimos de Fresdeval, aún existente en las cercanías de la aldea de Vivar, e intentar probarlo con el argumento de que dicha educación era “bastante común” en la España de la época, o de que varios temas tratados en la crónica revelan la formación adquirida en el convento, como son “el valor evangélico del primer poblamiento español” y la preocupación por referir “la historia de la Iglesia en la gobernación de Chile”, unido ello a ciertas referencias y citas que manifiestan un conocimiento —si bien elemental— de la cultura clásica y del latín (las menciones, en el discurso de

Bibar, a Tito Livio, Valerio, Tolomeo, o la presencia de una expresión reconocidamente ciceroniana).

Como el mismo Orellana señala, esos temas efectivamente se presentan también en otras crónicas del siglo XVI, lo mismo que referencias y citas clásicas, y nada de eso puede probar con seguridad una determinada educación, sino más bien, concepciones dominantes en la España del siglo XVI acerca del sentido misional de la expansión imperial, entendida como *Universitas Christiana* y de la guerra y la conquista como una empresa en la cual armas y cruz se ponen no sólo al servicio de la toma de posesión y dominio territoriales sino de la construcción de una realidad que realice los valores del cristianismo y resuelva por la vía de la evangelización el conflicto entre los ejércitos de Dios y de Satán, concepción agustiniana de la realidad y de la historia que se manifiesta como constante en la interpretación de los hechos que ocurren en el Nuevo Mundo, en la escritura de los conquistadores. Así, exhibir logros evangelizadores en esos escritos es mostrar evidencias de haber cumplido o estar cumpliendo con ese sentido misional de la conquista, además de argumento justificatorio de los excesos cometidos en la campaña militar.

Sobre las referencias a autores clásicos, expresiones atraídas de sus textos y citas de ellos, puede decirse que es también un rasgo constante en esta escritura que por esa vía, entre otras, trata de "ilustrarse" y de manifestar que el soldado que escribe posee la competencia necesaria al discurso historiográfico que, en la época de los siglos XVI y XVII, debe ajustarse a rigurosa preceptiva, originadas principalmente en Cicerón. Por eso hasta los que se declaran "no letrados", "no latinos", desconocedores de la retórica, como Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo, aluden y citan los autores y textos clásicos que traen a sus textos el prestigio de la tradición y confieren rango a su escritura. Todo lo cual es necesario porque quienes escriben estos textos se reconocen como soldados que podrían aparecer ante sus receptores como sujetos no idóneos para llevar a cabo "la escritura de la Historia". Más aun cuando los receptores son los reyes o los representantes del imperio y la comunicación con ellos, en la época, debe ajustarse a la normativa cortesana.

El capítulo II del libro de Mario Orellana aborda "El manuscrito de la crónica y su autenticidad" y se refiere también a la historia de él, describiendo además las dos ediciones que se han hecho de la crónica de Bibar. Se contiene aquí también la proposición que se desarrolla luego en el capítulo IV acerca de las íntimas relaciones de la crónica con las *Cartas* valdivianas, no sólo en cuanto rasgos de los manuscritos que constatan la pertenencia de ambas al siglo XVI, sino también de "conceptos, dichos populares y frases propias de su tiempo" que comparten crónica y *Cartas*, los que operan como indicios de que "Bibar conoció y utilizó (y muy bien) las *Cartas* de Valdivia" (p. 54).

El capítulo III trata "El concepto de lo histórico en Gerónimo de Bibar". Por los contenidos del capítulo se entiende que es el "concepto de lo histórico" como *escritura*, es decir, qué es lo que se registra, cómo y en conformidad con qué categorías se estructura y organizan esos datos en el discurso, qué propósitos animan al historiador y qué finalidades pretende alcanzar con el texto, en fin, el conjunto de problemas y materias que se plantea y debe abordar quien emprende la tarea de fijar el acaecer histórico en una escritura que lo organice con sentido. Lo que Hayden White denomina *Metahistoria* que muchas veces se manifiesta en los textos en todos aquellos enunciados metanarrativos en los que el enunciante expone su teoría o concepción de la historiografía y expresa la conciencia que tiene de su

propio quehacer. Proemios, dedicatorias cumplen generalmente esa función y constituyen metatexto historiográfico, sin ser por ello los únicos lugares del discurso que sirven a ese propósito.

Orellana examina este aspecto en la obra de Bibar y la compara con las concepciones de la escritura histórica que manifiestan sustentar otros cronistas del siglo xvi en Chile, Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera.

A mi juicio, mucho hubiera ganado en consistencia lo dicho en este capítulo con el apoyo de la teoría del discurso histórico desde la cual se pueden establecer distingos y precisiones necesarias para aproximarse al examen de la escritura de la historia en Bibar y, en general, en los cronistas de la conquista de América.

Los trabajos de Walter Mignolo "Metatexto historiográfico y la historiografía indiana" y "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista" son decisivos para la caracterización del discurso historiográfico en los siglos xvi y xvii, para la determinación de los rasgos diferenciales que él presenta en su actualización en los textos escritos por los descubridores, conquistadores y colonizadores del Nuevo Mundo, y para advertir sobre la variedad de tipos o géneros que ofrece la formación discursiva historiográfica.

En este aspecto, distinciones como las que precisa Mignolo a la luz de los tratados historiográficos de la época entre *crónica*, *corónica* e *historia*, parecen imprescindibles para fijar en su más pertinente lugar la obra de Bibar. Que el autor la identifique como *corónica* y no como *crónica* no es un asunto irrelevante, de más o menos letras en la palabra, sino que apunta a una distinción reconocida en ese momento: "*Corónica* es la Historia *difusa* de alguna República eclesiástica, religiosa o seglar ajustada a los años, aunque no tan ceñida y precisamente como los Anales y Diarios. Pero *Crónica* es Historia breve y ceñida ajustada a los años. La cual también se llama *Cronología* y especialmente si es narración y averiguación de años y de tiempos porque Cronos es voz quizá que significa tiempo" (Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*, citado por Walter Mignolo en "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y conquista" en Luis Íñigo Madrigal (ed.) *Historia de la literatura hispanoamericana 1: Época Colonial*, Madrid, Cátedra, 1982).

Desde su identificación con el tipo *corónica* y no *crónica* pueden explicarse las alteraciones en la cronología que hay en el discurso de Bibar y que Orellana observa y explica en su libro como rasgo "de estilo de narración que privilegia algún conjunto de hechos, describiéndolos en detalle, no en el momento mismo, sino luego de sucedido" (p. 68), o por no disponer, para la narración de los acontecimientos posteriores a 1553, de las *Cartas* de Pedro de Valdivia que son, según Orellana, las que proveen a Bibar del esquema básico de ordenamiento y disposición de los hechos narrados en el relato.

Cabe agregar también que discontinuidades en la secuencia narrativa atendida a la cronología se producen en el discurso de Bibar por intercalación de otro tipo de discurso historiográfico: la "relación", relación aquí "de las cosas de Chile", discurso descriptivo y de caracterización de naturaleza y hombres del territorio que conquistan los españoles. Tipo discursivo que también aparece definido dentro de la historiografía de Indias, siendo incluso una de las formas originadas por el proceso mismo de descubrimiento, conquista y colonización. Mignolo en el trabajo antes mencionado refiere a ello con precisión.

Por otra parte, "el concepto de lo histórico" en cuanto categorías desde las cuales el historiador interpreta los hechos y postula para ellos un sentido en su discurso,

encuentra en el libro de Víctor Frankl sobre el *Antijovio* de Gonzalo Jiménez de Quezada un fundamento indispensable para acceder a esa dimensión de los textos de los “historiadores de Indias”. El exhaustivo examen que hace Frankl de las concepciones de realidad y verdad históricas y del despliegue y relevancia que alcanzan en esos discursos algunas de ellas permite precisar los alcances y proyecciones que tienen en la “Crónica de Indias” la dominante tendencia realista de “lo visto y lo vivido” desde la cual la narración histórica se concibe como el registro del hecho individual, concreto, que es momento de la experiencia de un sujeto actor y testigo del acontecer, o la tendencia de los círculos caballerescos medievales y renacentistas que privilegia la esfera de valores comprometida en los hechos con especial énfasis en lo heroico y la fama; o la agustiniana concepción místico agonal dualista que junto con el providencialismo se manifestará como una de las tendencias historiográficas trascendentalistas desde la cual los sucesos americanos de los siglos XVI y XVII se interpretarán como símbolos de “realidades místico-sobrenaturales de la Divina Providencia y de la lucha metafísica entre las dos “ciudades”, o ejércitos, el de Dios y el de Satanás”.

Pienso que desde esos fundamentos puede determinarse con mayor rigor el concepto de historiografía que opera en la *Corónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, en la cual las concepciones de “lo visto y lo vivido”, de la fama, de providencialismo y la místico-agonal dualista se combinan para dar a los hechos narrados el sentido de momentos de una vida y una trayectoria ejemplares —las de Valdivia— que se proponen como modelo digno de ser imitado por otros. Esa concepción de la historia como *vita* queda explícitamente puesta de manifiesto en la dedicatoria de la crónica de Bibar al príncipe don Carlos. En un segmento de ella se dice: “Serenísimo señor, e hecho y recopilado esta rrelación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve y con la voluntad seguy para que los que leyeren o oyeren esta rrelación se animen a semejantes descubrimientos, entradas y conquistas y poblaciones, y en ellas empleen sus ánimos y esfuerzos en servicio de sus príncipes y señores, como este don Pedro de Valdivia lo hizo” (p. 3, ed. de Leopoldo Sáez-Godoy). En ese contexto, la condición del testigo adquiere un relieve y un sentido mucho más trascendente que el de mero observador de los sucesos: Bibar se representa como sujeto que ha sido transformado por la experiencia de conocimiento de una figura ejemplar —Valdivia— a imitación del cual emprende la tarea de servir lealmente al Imperio escribiendo su crónica, dedicada al Príncipe como manifestación de servicio en cuanto registra, conserva la memoria y perpetúa la fama de los heroicos hechos de los españoles en Chile, pero a la vez como signo de su conversión en seguidor de un sujeto imitable, empeñado en compartir con otros esa identidad, esa convicción, y por eso el discurso se dirige a provocar en otros el mismo efecto que produjo en el testigo la figura del imitable y a convocarlos a actuar según ese modelo. Sobre este sentido del testimonio en Bibar, hago algunas consideraciones en mi trabajo “Antecedentes del discurso testimonial en Chile. Textos historiográficos de los siglos XVI y XVII”, en Jorge Narváez (ed.) *La invención de la memoria*, Ed. Pehuén, 1988, pp. 61-63.

Desde ese carácter testimonial del enunciante y de su discurso se explican las reiteradas declaraciones de haber estado presente, de haber sido testigo del acontecer y sobre todo, de la actuación completa de Valdivia en Chile, aun cuando, como se prueba en el libro de Orellana, en la realidad, lo haya sido sólo de una parte de esa trayectoria. Y esto singulariza esta crónica y establece una diferencia esencial con la

Historia de Góngora Marmolejo, cuya finalidad primordial no es, a mi juicio, como afirma Orellana, “darle el mérito que corresponde” a la “belicosa, valiente y arriesgada” gente araucana, para así enaltecer el heroísmo, la gloria y la fama de los españoles, siguiendo en ese aspecto el propósito de Ercilla enunciado en el exordio de *La Araucana*. Si bien Góngora Marmolejo declara inspirarse en el poema de Ercilla y escribir su *Historia* para completar lo narrado en él, el discurso referirá lo acontecido en Chile durante las seis primeras gobernaciones, no tanto para hacer patentes heroísmos y grandes hazañas, sino más bien para representar “vicios y virtudes” de quienes han gobernado el reino, con lo cual se introduce en la *Historia* un componente de crítica y enjuiciamiento moral de las conductas de quienes dirigen el reino que desemboca en proposición de cambios que favorezcan un mejor gobierno y una mejor conducción de la guerra.

En el capítulo iv de su libro se ocupa Mario Orellana de la relación entre la crónica de Bibar y las *Cartas* de Valdivia observando coincidencias de contenido, modo de organización de los hechos en la narración, rasgos de estilo, lenguaje, expresiones frecuentes que revelan una proximidad tal que lleva al autor a afirmar que los escritos del conquistador de Chile, conocidos por Bibar, sirvieron a éste como “estructura básica de la crónica”. Orellana entrega varias ilustraciones de esa relación de cercanía, no obstante advierte “Pero a veces (Bibar) selecciona y no transcribe algunos juicios del capitán (por ejemplo, aquéllos referidos a la posibilidad que tuvo de levantarse contra el poder monárquico, a pedido de muchos soldados descontentos); modifica en otros casos algunas cifras o fechas; pero sobre todo enriquece con otros relatos el texto de las cartas, justificando la mayoría de las veces las acciones del capitán Valdivia, anunciando sus proyectos de conquistas y poblamiento y, especialmente, asistiendo en que el intento principal de éste “Hera hazer obras famosas y servicios hazañosos y dinos de perpetua memoria a la corona real de España, y ensanchar los patrimonios rreales” (p. 74). Agregando luego, además “la singularidad de Bibar se puede ejemplificar bien cuando intercala extensas páginas caracterizando a los aborígenes, al medio geográfico, a la flora y fauna de la región que los conquistadores han poblado” (p. 77).

Todo lo cual revela que el conocimiento de las *Cartas* de Valdivia por Gerónimo de Bibar —bastante probable a la luz de los antecedentes que señala Orellana— pueden haberle servido como fuente de información acerca del acontecer, especialmente de aquél en el cual el soldado Bibar no participó (1540-1548) junto con otros documentos y los informes obtenidos de las personas de crédito que sí fueron actores y testigos y que le “trasladaron (a Bibar) syn yo verlo ni sabello”; incluso más, las *Cartas* valdivianas pudieron proporcionar el esquema básico de la sucesión y encadenamiento de los hechos en el relato, pero no la “estructura básica de la narración” o, como dice Orellana, “le sirvieron para organizar en su parte medular la narración de los acontecimientos, centrando la crónica en la persona de Valdivia, en sus acciones guerreras y pacíficas, y también en lo que hicieron los españoles que acompañaron al primer gobernador de Chile” (p. 85). No, porque esa “estructura básica de la narración” se determina desde la conciencia del sujeto enunciante del discurso de la historia y se condiciona desde sus intenciones, propósitos, concepciones de la historia y de la historiografía, finalidades que asigna a su escritura, incluso formas en que ésta se establece (carta relatoria —crónica y corónica, relación, historia, comentario, etc.); en definitiva, desde todo aquello que determina que cada narración de hechos, de los mismos hechos históricos, sea una singular y única

“estructura de sentido” que puede aproximarse a otras o entrar en relación de oposición como ocurre en la llamada “crónica de refutación”. Sin ser esto último lo que ocurre entre las *Cartas valdivianas* y el discurso de Bibar, se perciben diferencias en el modo de articular los hechos en el relato, en la selección de los mismos, (omisiones, relieves de unos en desmedro de otros, intercalación de situaciones son reveladores de las diferencias de perspectivas), en la presencia de enunciados no narrativos descriptivos donde los enunciantes comentan o exponen reflexiones sobre los sucesos y sobre su propio discurso; en todo ello se manifiestan intenciones, finalidades, propósitos determinantes del sentido y de la estructura de lenguaje donde ese sentido se construye. Y eso, es obviamente diferente en uno y otro de estos discursos.

Sobre el capítulo v “¿Leyó el historiador Rosales al cronista Bibar?” afirmo la validez de los argumentos en que Mario Orellana funda la respuesta afirmativa que propone para la pregunta; además de destacar la importancia del trabajo de ir estableciendo con rigor las relaciones intertextuales que existen entre las obras de quienes fundaron la realidad del reino de Chile para la historia en los siglos xvi y xvii. Así se avanza en el trabajo ya realizado, especialmente en el siglo xix, por quienes tuvieron las intuiciones o formularon proposiciones en las que se contienen sugerencias sobre ese “diálogo entre textos” que se produce en las obras de nuestros primeros historiadores.

El capítulo vi “Culturas aborígenes del siglo xvi” se ocupa del discurso descriptivo y de caracterización que en la forma de “relación” de las cosas de Chile se intercala, y con relieve, en la narración de la conquista, poblamiento y evangelización en la *Corónica* de Bibar. Con su competencia al antropólogo y arqueólogo, Mario Orellana destaca la acuciosidad de la mirada de Bibar y la agudeza y precisión de sus observaciones sobre el mundo natural y los habitantes del territorio chileno; perspectiva desde la que se funda la imagen de la realidad chilena prehispánica en su variedad, en la multiplicidad de su paisaje y de las comunidades aborígenes que existían en estos “reinos de Chile” (el plural es aquí decisivo indicio de esa percepción de lo plural, de lo no reductible a una cifra única que resultaría no pertinente para dar cuenta de la variedad existente en el plano de la naturaleza, los hombres, las comunidades y la cultura en el Chile prehispánico).

De la pertinencia de los registros de Bibar en esos aspectos, medida desde los aportes disciplinarios antropológicos, claramente mostrada en el libro de Orellana, se confirma el valor de esta crónica del siglo xvi que permite una aproximación al conocimiento de la realidad chilena prehispánica indispensable para nuestra identificación. Este capítulo, también atrae referencias a *La Araucana* para ilustrar que tanto Ercilla como Bibar percibieron “la diferencia de las provincias aborígenes” no sólo en cuanto territorios que abarcaban, sino también en lo concerniente a lengua, ritos, ceremonias, aspectos vestimentarios, organización político-social, creencias religiosas, costumbres y usos en tiempos de paz y de guerra, etc., siendo ello, claro está, mucho más desarrollado por el discurso del cronista que en el poema épico.

Este capítulo, la proyección de sus contenidos en el siguiente para fijar “El viaje de Pedro de Valdivia de Tacana a Coyapo” y las conclusiones planteadas como “Reflexiones sobre el contacto aborígen español (siglo xvi)” me parecen lo más logrado del libro de Mario Orellana.

De esas conclusiones me interesa especialmente destacar lo dicho por Orellana respecto a que de “las informaciones provenientes de Bibar, y de Valdivia, y

también de otros cronistas” surgen respuestas para varios de los problemas que suscita aún esta realidad nuestra en sus orígenes y cómo desde ellas se abre la necesidad de revisar y reformular muchas de las aseveraciones que se han propuesto sobre ella. Remito a las pp. 173-177, especialmente. Y sobre todo, porque coincide con la preocupación personal que me lleva a interesarme en el estudio de los textos chilenos de los siglos XVI y XVII, concedo la mayor relevancia a las afirmaciones de Orellana que, desde el conocimiento de los textos de nuestros cronistas coloniales, advierte sobre la necesidad de revisar la manida propuesta acerca de nuestros orígenes hazañosos presididos por el “furor de Marte” y el signo permanente de la guerra. Transcribo las palabras de Mario Orellana: “Por muchos años escuché y leí, y aún reconozco algo de esta enseñanza en las lecciones que estudian mis hijos, que la sociedad chilena, valiente y guerrera, se había formado por la unión de españoles y araucanos. De estos troncos belicosos, lo mejor de las sociedades españolas y aborígenes, había surgido nuestra “raza chilena”. Tres siglos de lucha incansable entre araucanos, españoles y chilenos, configuran una personalidad social muy especial que se reflejó en las guerras y en los triunfos del siglo XIX.

Ya algunos historiadores, por ejemplo Sergio Villalobos, han rechazado vigorosamente el mito de la permanente guerra español/chileno-araucana, y han insistido en las múltiples y continuas relaciones pacíficas, comerciales, sociales, culturales en el sur de Chile: “El contacto fronterizo fue mucho más que la voluntad de dominación y resistencia de los dos protagonistas colectivos”.

Efectivamente, volver sobre nuestros textos historiográficos de los siglos XVI y XVII o literarios como *La Araucana*, con otra mirada, significa reconocer que ellos nos hablan de muchas más cosas que de los “trabajos de la guerra”, las hazañas y los actos heroicos realizados en los campos de batalla; hablan también de los “trabajos de la hambre” (en expresión de Valdivia) o de “trabajos, causancios, hambres y fríos que en la sustentación se pasó” (como propone Bibar) o de “los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile de tantos años como há que se descubrió han acaecido más que en ninguna parte otra de las Indias” (en palabras de Góngora Marmolejo). Pero también nos hablan del urgente y necesario “trabajo de nuestras manos” requerido para superar la necesidad y “los trabajos del hambre” y para realizar las ‘tareas de la paz’, las constructoras de la realidad que será la morada del hombre o para reconstruirla cuando la guerra o la violencia natural la destruyen. Y esos textos nos hablan también de los fracasos, de las imposibilidades, de las carencias y de las causas que las provocan o que impiden establecer esta realidad en forma más satisfactoria, advirtiéndome muchas veces que esas causas provienen de los errores y “vicios” de quienes la gobiernan oponiendo a ellos las figuras paradigmáticas de los sustentadores de virtudes como modelos necesarios de imitar para poder realizar los ideales de un mundo mejor. Si todo ello reduce el componente heroico y bélico tradicionalmente tan señalado, abre, en cambio, estos textos a esferas y dimensiones de realidad muy valiosas y significativas para nuestro reconocimiento e identificación.

Todo esfuerzo por poner de relieve esos aspectos en nuestros textos coloniales viene a ser aporte valioso para nuestra reflexión sobre la realidad chilena. Sin duda ello constituye un valor de máximo relieve en el libro de Mario Orellana sobre Gerónimo de Bibar. Y porque mi preocupación también recorre esos mismos caminos, su libro ha dado lugar a algo más que una larga reseña, a un diálogo que

busca, desde otra frontera disciplinaria —la del estudio del discurso historiográfico—, aportar al conocimiento de obras que deberían inscribirse en nuestra conciencia no como testimonios de un tiempo remoto sino como signos necesarios de descifrar para poder, hoy, mejor identificarnos y reconocernos.

Lucía Invernizzi Santa Cruz

Universidad de Chile